

—Envía al portero á buscar un coche.

—Toma, Naquí, dijo Castanier sacándose del bolsillo un paquete de billétes de Banco; no te separarás, como una miserable, del hombre que todavía te ama.

Y le entregó trescientos mil francos. Aquilina los tomó, los arrojó al suelo, escupió encima de ellos, los pisoteó con la rabia de la desesperación, y dijo:

—Saldremos los dos á pie, sin un sueldo tuyo. Tú, Jenny, quédate.

—Buenas noches, dijo el cajero recogiendo el dinero. Yo ya he vuelto de viaje, Jenny, añadió mirando á la camarera que estaba azorada; me pareces buena muchacha. Te has quedado sin ama, ven acá, y por esta noche tendrás un amo.

Aquilina, desconfiando de todo, se marchó en seguida con el sargento á casa de una amiga. Pero León era objeto de las sospechas de la policía que le hacia seguir adondequiera que iba, de suerte que poco tiempo después fué detenido con sus tres amigos, como lo dijeron los diarios de aquel tiempo.

El cajero se sintió enteramente cambiado tanto en lo moral como en lo físico. El Castanier, sucesivamente niño, joven, enamorado, militar, valeroso, engañado, casado, desilusionado, cajero, apasionado, delincuente por amor, ya no existía. Su forma interior había estallado. En un momento se había ensanchado su cráneo y crecido sus sentidos. Su pensamiento abarcó el mundo, y vió las cosas como si se hubiera situado á una altura prodigiosa. Antes de ir al teatro sentía la pasión más insensata por Aquilina; antes que renunciar á ella habría cerrado los ojos para sus infidelidades; pero este sentimiento ciego se había disipado como se deshace una nube á los rayos del sol. Jenny, contenta de suceder á su señora y de poseer su fortuna, hizo todo cuanto quería el cajero; pero Castanier, que tenía el poder de leer en las almas, descubrió la verdadera causa de aquella abnegación puramente física. Por esto se divirtió con aquella joven con la maliciosa avidez de un muchacho que después de exprimir el jugo de una cereza, tira el hueso. Al día siguiente, en el momento en que se creía dueña y señora de la casa, Castanier le repitió, durante el almuerzo, palabra por palabra, pensamiento por pensamiento, lo que ella se decía á sí misma mientras tomaba café.

—¿Sabes lo que piensas, niña? Pues te lo voy á decir.

«Estos hermosos muebles de palisandro que yo deseaba tanto, y estos hermosos vestidos que me probaba, van á ser míos. Sólo me ha costado hacer las tonterías que la señora le negaba, no sé por qué. Lo que es yo, con tal de ir en coche, tener aderezos, ir al teatro y á palco, crearme alguna renta, le proporcionaré placeres hasta que reviente, si no fuere fuerte como un turco. No he visto hombre como él.» ¿No es eso? añadió con voz que hizo palidecer á Jenny. Pues bien, hija mía, no tendrás nada de eso, y te despido por tu bien, porque al fin te saldría mal la cosa. Ea, pues, separémonos como buenos amigos.

Y la despidió friamente dándole una pequeña cantidad de dinero.

El primer uso que Castanier se había propuesto hacer del terrible poder que acababa de adquirir á costa de su felicidad eterna, era la satisfacción plena y completa de sus gustos. Después de poner en orden sus asuntos y de dar fácilmente sus cuentas al señor de Nucingen, que le substituyó con un buen alemán, quiso una bacanal digna de los hermosos días del Imperio romano, y se entregó desesperadamente á ella como Baltasar en su último festín. Pero, lo mismo que Baltasar, vió distintamente una mano llena de luz que le trazó su sentencia en medio de sus goces, no en las estrechas paredes de una sala, sino en el espacio inmenso en que aparece el arco iris. Y en efecto, su festín no fué una orgía circunscrita á los límites de un banquete, sino una disipación de todas las fuerzas y de todos los goces. La mesa de ese festín era en cierto modo la tierra misma que sentía temblar bajo sus pies. Fué la última fiesta de un disipador que no se priva de nada. Despilfarrando el tesoro de las voluptuosidades humanas cuya clave le había facilitado el demonio, llegó en breve al fondo. Ese enorme poder, en un momento adquirido, fué también en un momento ejercido, gastado. Lo que lo era todo, no fué nada. Acontece con frecuencia que la posesión mata los poemas más inmensos del deseo, á los ensueños del cual rara vez responde el objeto poseído. Este triste desenlace de algunas pasiones era el que la omnipotencia de Melmoth ocultaba. La vanidad de la naturaleza humana revelóse de pronto á su sucesor, á quien la potestad suprema entregó la nada por dote. Para comprender bien la situación extraña en que se encontró Castanier, sería menester poder apreciar con el pensamiento sus

rápidas evoluciones y concebir cuán poca evolución tuvieron, de lo cual es difícil dar una idea á los que subsisten aprisionados por las leyes del tiempo, del espacio y de las distancias. Sus facultades ampliadas habían cambiado las relaciones que existían antes entre el mundo y él. Como Melmoth, Castanier podía ir en pocos instantes á los risueños valles del Indostán, cruzar en alas de los demonios los desiertos de África, y surcar los mares. Así como su lucidez le hacía penetrarlo todo en el momento en que su vista se fijaba en un objeto material ó en el pensamiento ajeno, así también su lengua atrapaba, por decirlo así, todos los sabores de un golpe asestado por él. Su recreo se parecía al hachazo del despotismo, que derriba el árbol para coger sus frutos. Las transiciones, las alternativas que miden la alegría, el sufrimiento, y dan variedad á todos los goces humanos, ya no existían para él. Su paladar, que se había vuelto excesivamente sensible, estaba ya hastiado al saciarse de todo. Las mujeres y la buena mesa fueron dos placeres tan completamente satisfechos, desde el momento que pudo gustarlos hasta rebasar los límites del placer, que ya no le quedaron ganas de comer ni de amar. Sabiendo que serían suyas todas las mujeres que deseara, y conociéndose armado de una fuerza que jamás debía faltarle, ya no quería mujeres; al encontrarlas sometidas de antemano á todos sus caprichos, sentía una horrible sed de amor y las deseaba más amantes de lo que podían serlo. Pero lo único que le negaba el mundo era la fe, la oración, esos dos consoladores amores. Todo le obedecía. Aquel fué un estado horrible. Los torrentes de dolores, de placeres y de pensamientos que sacudían su cuerpo y su alma habrían aniquilado á la criatura humana más fuerte; pero había en él un vigor vital proporcionado al vigor de las sensaciones que le asediaban. Sentía dentro de sí algo inmenso que la tierra no satisfacía ya. Pasaba el día extendiendo sus alas, queriendo atravesar las esferas luminosas de las que tenía una intuición clara y desesperante. Se secó interiormente porque tenía sed y hambre de cosas que no se bebían ni se comían, pero que le atraían de un modo irresistible. Se le pusieron los labios ardientes de deseo, como estaban los de Melmoth, é iba jadeante en pos de lo DESCONOCIDO, porque lo conocía todo. Al ver el principio y el mecanismo del mundo, no admiraba ya sus resultados, y en breve manifestó ese desdén

que hace al hombre superior semejante á una esfinge que lo sabe todo, lo ve todo y guarda silenciosa inmovilidad. No sentía la menor veleidad de comunicar su ciencia á los demás hombres. Dueño de toda la tierra, y pudiéndola atravesar de un salto, la riqueza y el poder no significaron ya nada para él. Experimentaba esa horrible melancolía de la potestad suprema á la que Satanás y Dios no ponen remedio sino con una actividad que sólo á ellos les pertenece. Castanier no tenía, como su amo, el poder inextinguible de aborrecer y hacer daño; sentíase demonio, pero demonio por venir, al paso que Satanás es demonio por toda la eternidad; nada puede redimirle, lo sabe, y por eso se complace en remover con su tridente los mundos como un estercolero, revolviendo los designios de Dios. Por su desgracia, Castanier conservaba una esperanza. Así fué que de repente, en un momento, pudo ir de un polo á otro, como ave que vuela desesperadamente de un lado á otro de su jaula; pero después de dar este salto, como el ave, vió espacios inmensos. Tuvo una visión de lo infinito que no le permitió considerar las cosas humanas como los demás hombres las consideran. Los insensatos que desean el poder de los demonios lo juzgan con sus ideas de hombres, sin prever que asumirán las ideas de los demonios al adquirir su poder, que seguirán siendo hombres en medio de seres que no pueden comprenderlos. El Nerón inédito que sueña con incendiar á París por distracción, como se presenta en el teatro el espectáculo ficticio de un incendio, no sospecha que París llegará á ser para él lo que para un viajero que lleva prisa un hormiguero á orillas de un camino. Las ciencias fueron para Castanier lo que un logogrifo para el que no conoce su clave. Los reyes, los gobiernos le daban lástima. Su gran libertinaje fué, pues, en cierto modo una deplorable despedida á su condición de hombre. Se sintió estrecho en la tierra, porque su infernal poder le hacía presenciar el espectáculo de la creación, cuyas causas y fin vislumbraba. Viéndose excluido de lo que los hombres llaman el cielo en todos los idiomas, no podía pensar más que en el cielo. Entonces comprendió la desecación interior estampada en la faz de su predecesor, midió la extensión de aquella mirada inflamada siempre por un espíritu vendido, sintió la sed que abrasaba aquellos labios encarnados, y las angustias de un combate perpetuo entre dos naturalezas engrandecidas. Podía ser to-

davía un ángel y resultaba un demonio. Pareciase á la suave criatura aprisionada por la malevolencia de un encantador, en un cuerpo disforme, y que, cogida por un pacto, necesitaba la voluntad de otro para romper una detestable envoltura detestada. Así como el hombre verdaderamente grande se dedica con ardor á buscar el infinito del sentimiento en un corazón de mujer después de una decepción, así también Castanier se encontró de pronto bajo el peso de una sola idea, idea que quizás era la clave de los mundos superiores. Por esto sólo había renunciado á su bienaventuranza eterna, y no pensaba ya más que en el porvenir de los que rezan y creen. Cuando al salir del vicioso desarreglo de su poder, sintió la presión de ese sentimiento, conoció los dolores que los poetas sagrados, los apóstoles y los grandes oráculos de la fe nos han pintado en términos tan gigantescos. Acosado por la flamígera espada cuya punta sentía en sus riñones, corrió á casa de Melmoth para saber lo que era de su predecesor. El inglés vivía en la calle Ferou, cerca de San Sulpicio, en una casa sola, oscura, húmeda y fría. Aquella calle, abierta al norte, como todas las que dan perpendicularmente al Sena, es una de las más tristes de París y su carácter influye en las casas que la componen. Cuando Castanier llegó al umbral de la puerta, la vió tendida de negro, lo propio que el zaguán. Bajo la bóveda brillaban las luces de una capilla ardiente. Se había elevado un cenotafio transitorio, á cada lado del cual había un sacerdote.

—No hay que preguntarle á usted á qué viene, dijo á Castanier una vieja portera, pues se parece usted mucho á ese pobre difunto. Si es usted su hermano, llega demasiado tarde para despedirse de él. Ese caballero murió anoche.

—¿Cómo ha muerto? preguntó Castanier á uno de los sacerdotes.

—Esté usted tranquilo, le contestó un clérigo anciano levantando la punta de uno de los paños negros que formaban la capilla.

Castanier vió una de esas figuras á las que la fe hace sublimes y por los poros de la cual parece salir el alma para irradiar sobre los demás hombres y caldearlos con los sentimientos de una caridad persistente. Aquel hombre era el confesor de *sir* John Melmoth.

—Su señor hermano, dijo el sacerdote, ha tenido un fin

digno de envidia y que ha debido regocijar á los ángeles. Ya sabe usted cuánto júbilo causa en el cielo la conversión de un alma pecadora. El llanto de su arrepentimiento excitado por la gracia ha corrido sin cesar, y tan sólo la muerte ha podido contenerlo. El Espíritu Santo estaba en él. Sus palabras vivas y ardientes han sido dignas del Rey profeta. Si en el transcurso de mi vida jamás he oído una confesión más horrible que la de ese irlandés, tampoco he oído nunca oraciones más fervorosas. Por grandes que hayan sido sus faltas, su arrepentimiento ha cegado el abismo en un momento. La mano de Dios se ha extendido visiblemente sobre él, porque ya no se parecía á sí mismo, tan santamente hermoso se había vuelto. Las lágrimas han suavizado sus ojos. Su voz, tan vibrante y que asustaba, ha adquirido la gracia y la blandura que distingue á las personas humilladas. De tal modo edificaba á los oyentes con sus discursos, que las personas atraídas por el espectáculo de esta muerte cristiana se hincaban de rodillas oyendo glorificar á Dios, hablar de sus grandezas infinitas y referir las cosas del cielo. Si no deja nada á su familia, ha adquirido seguramente para ella el mejor bien que las familias pueden poseer, una alma santa que velará por todos sus individuos y los llevará por el buen camino.

Estas palabras produjeron un efecto tan violento en Castanier, que salió bruscamente y se encaminó á la iglesia de San Sulpicio obedeciendo á una especie de fatalidad: el arrepentimiento de Melmoth le había aturcido. Hacia aquella época, un hombre célebre por su elocuencia daba todas las mañanas conferencias que tenían por objeto demostrar las verdades de la religión católica á la juventud de este siglo, tachada por otra voz no menos elocuente de indiferente en materias de fe. La conferencia debía hacer lugar al entierro del irlandés. Castanier llegó precisamente en el momento en que el predicador iba á resumir, con esa unción conmovedora, con esa palabra penetrante que le han dado fama, las pruebas de nuestro dichoso porvenir. El antiguo dragón, bajo cuya piel se había deslizado el demonio, se hallaba en las condiciones requeridas para recibir fructuosamente la semilla de las palabras divinas comentadas por el sacerdote. En efecto, si existe un fenómeno comprobado, ¿no es el fenómeno moral al que el pueblo ha dado el nombre de *fe del carbonero*? La fuerza de la creencia está en razón directa

del mayor ó menor uso que el hombre hace de su razón. Las gentes sencillas y los soldados pertenecen á este número. Los que han marchado en la vida bajo la bandera del instinto, son mucho más aptos para recibir la luz que aquellos cuyo espíritu y cuyo corazón se han gastado en las sutilezas del mundo. Desde los diez y seis hasta los cuarenta años, Castanier, hijo del Mediodía, había seguido la bandera francesa. Simple soldado de caballería, obligado á batirse hoy y mañana, tenía que pensar en su caballo antes que en sí mismo. Durante su aprendizaje militar había dispuesto de pocas horas para reflexionar en el porvenir del hombre. Ya oficial, se había ocupado de sus soldados, y tuvo que ir al campo de batalla sin haber pensado jamás en lo que puede seguir á la muerte. La vida militar exige pocas ideas. Las personas incapaces de elevarse hacia esas altas combinaciones que abarcan los intereses de nación á nación, los planes de la política lo mismo que los planes de campaña, la ciencia del táctico y la del administrador, esas viven en un estado de ignorancia comparable á la del campesino más rudo de la provincia menos adelantada de Francia. Siguen adelante, obedecen pasivamente al alma que las manda, y matan hombres como el leñador derriba árboles en el bosque. Pasan continuamente de un estado violento que exige el desarrollo de fuerzas físicas, á un estado de reposo durante el cual reparan sus pérdidas. Hieren y beben, hieren y comen, hieren y duermen, para herir todavía mejor. En este torbellino se ejercitan poco las cualidades del espíritu, y la moral permanece en su sencillez natural. Cuando esos hombres, tan enérgicos en el campo de batalla, vuelven al seno de la civilización, la mayor parte de ellos, que no han pasado de los grados inferiores, regresan sin ideas adquiridas, sin facultades, sin capacidad. Por eso la generación joven se ha admirado de ver á esos individuos de nuestros gloriosos y terribles ejércitos, tan nulos de inteligencia como puede serlo un mancebo de tienda, y tan sencillos como niños. Un capitán de la fulminante guardia imperial apenas si es apto para hacer los recibos de un periódico. Cuando los soldados viejos son así, su alma, virgen de todo raciocinio, obedece á los grandes impulsos. El crimen cometido por Castanier era uno de esos hechos que suscitan tantas cuestiones que, para discutirlo, el moralista habría pedido la *división*, si se nos permite emplear esta

expresión del lenguaje parlamentario. Este crimen había sido aconsejado por la pasión, por uno de esos hechizos femeninos tan cruelmente irresistibles que ningún hombre puede decir: «No haré eso», tan luego como se admite á una sirena en la lucha y despliega en ella sus alucinaciones. La palabra de vida cayó, pues, sobre una conciencia nueva para las verdades religiosas que la Revolución francesa y la vida militar habían hecho descuidar á Castanier. La terrible frase: *Seréis felices ó desgraciados por toda una eternidad*, le hirió tanto más violentamente cuanto que había fatigado la tierra, la había sacudido como un árbol sin fruto, y, en la omnipotencia de sus deseos, bastaba que le fuera vedado un punto de la tierra ó del cielo para que se ocupara de él. Si fuese permitido comparar cosas tan grandes con las pequeñeces sociales, parecía á esos banqueros millonarios á quienes nada resiste en la sociedad; pero que no estando admitidos en los círculos de la nobleza, tienen por idea fija hacerse aceptar por ella, y no dan ninguna importancia á todos los privilegios sociales adquiridos por ellos desde el momento en que les falta uno. Aquel hombre, más poderoso que todos los reyes de la tierra reunidos, aquel hombre que, como Satanás, podía luchar con el mismo Dios, apareció apoyado en un pilar de la iglesia de San Sulpicio, encorvado bajo el peso de un sentimiento, y se absorbió en una idea de porvenir, como el mismo Melmoth se había absorbido.

—¡Cuán feliz ha sido! exclamó Castanier. Ha muerto con la seguridad de ir al cielo.

En un momento había ocurrido un cambio radical en las ideas del cajero. Después de haber sido demonio unos cuantos días, ya no era más que un hombre, imagen de la caída primitiva consagrada en todas las cosmogonías. Pero al volver á empuñarse por la forma, había adquirido una causa de grandeza, se había templado en lo infinito. La potencia infernal le reveló la potencia divina. Tenía más sed del cielo que hambre había tenido de las voluptuosidades terrestres tan prontamente gastadas. Los goces que promete el demonio no son más que los de la tierra ampliados, al paso que las voluptuosidades celestes no tienen límites. Aquel hombre creyó en Dios. La palabra que le deparaba los tesoros del mundo no fué nada para él, y esos tesoros le parecieron tan despreciables como lo son los guijarros á los

aficionados á los diamantes, porque los veía como si fueran cuentas de vidrio en comparación de las bellezas eternas de la otra vida. Para él, el bien procedente de aquella fuente era maldito. Permanció sumido en un abismo de tinieblas y de ideas lúgubres presenciando las exequias de Melmoth. El *Dies iræ* le asustó, pues comprendió en toda su grandeza este grito del alma arrepentida que se estremece ante la majestad divina. Le devoró al punto el Espíritu Santo, como el fuego devora la paja, y brotaron lágrimas de sus ojos.

—¿Es usted pariente del difunto? le preguntó el bedel.

—Soy su heredero, contestó Castanier.

—Para los gastos del culto.

—No, dijo el cajero, que no quiso dar á la Iglesia el dinero del demonio.

—Para los pobres.

—No.

—Para las reparaciones del templo.

—No.

—Para la capilla de la Virgen.

—No.

—Para el seminario.

—No.

Castanier se retiró para no ser blanco de las miradas irritadas de la gente de la iglesia. —¿Por qué, pensó contemplando el templo, por qué los hombres han construido esas catedrales gigantescas que he visto en todos los países? Este sentimiento, del que participan las masas en todas las épocas, se apoya forzosamente en alguna cosa.

—¿Llamas á Dios alguna cosa? le decía su conciencia.  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Esta palabra, repetida por una voz interior, le abrumaba; pero mitigaron sus sensaciones de terror los lejanos acordes de una música deliciosa que había oído ya vagamente. Atribuyó esta armonía á los cantos de la iglesia, mientras paseaba por el pórtico; pero, al escuchar con mayor atención, notó que los sonidos le llegaban de todos lados; miró á la plaza y no vió en ella músicos. Si esta melodía le llevaba al alma algunas poesías azules y las lejanas luces de la esperanza, también daba mayor actividad á los remordimientos que mortificaban al condenado que se fué á París, como van las personas abrumadas de dolores. Miraba sin ver, andaba al azar, como los vagos, se paraba sin motivo, hablaba solo,

y no se habría apartado para esquivar el golpe de un tablón ó la rueda de un coche. El arrepentimiento le entregaba insensiblemente á esa gracia que tritura á la vez suave y terriblemente el corazón. En breve tuvo en la fisonomía, como Melmoth, algo de grande, pero de distraído; una expresión fría de tristeza, semejante á la del hombre desesperado, y la avidez jadeante que da la esperanza, y á mayor abundamiento le dominó el disgusto de las cosas de este mundo. Bajo su mirada aterradora de claridad, se ocultaban las más humildes plegarias. Sufría en razón de su mismo poder. Su alma, violentamente agitada, doblegaba su cuerpo, como un viento impetuoso dobla los pinos más altos. Como su predecesor, no podía negarse á vivir, porque no quería morir bajo el yugo del infierno. Llegó á serle insoportable su suplicio. En fin, una mañana pensó que Melmoth el bienaventurado le había propuesto ocupar su sitio, y que él había aceptado; que sin duda otros hombres podrían imitarle, y que, en una época en que los herederos de la elocuencia de los Padres de la Iglesia tronaban contra la indiferencia fatal en materia de religión, debía encontrar fácilmente un hombre que aceptara las cláusulas de aquel contrato para aprovechar sus ventajas.

—Hay un sitio, pensó, en que se cotiza lo que valen los reyes, en que se sompesa á los pueblos, en que se juzgan los sistemas, en que se reduce á los gobiernos á la medida de una moneda de cien sueldos, en que se reducen á cifras las creencias y las ideas, en que todo se descuenta, en que Dios mismo toma y da en garantía sus productos de almas, porque el papa tiene allí su cuenta corriente. Si yo pudiera dar con un alma que negociar, en ese sitio la encontraré.

Castanier fué contento á la Bolsa, pensando que se podría traficar con un alma como se comercia con los fondos públicos. Un hombre ordinario habría temido que se burlaran de él; pero Castanier sabía por experiencia que todo es formal y serio en el hombre desesperado. Semejante al sentenciado á muerte que daría oídos á un loco si se presentara á decirle que pronunciando ciertas palabras absurdas podría fugarse por el ojo de la llave, el que padece es crédulo y no desecha una idea sino cuando la ha visto frustrada, como la rama que se rompe al peso del nadador arrastrado por la corriente. A eso de las cuatro, Castanier se metió entre los corrillos que se forman después de cerrarse la cotización de

los valores públicos, y donde se practicaban entonces las operaciones de los valores particulares y de los negocios puramente comerciales. Le conocían algunos negociantes, y fingiendo buscar á uno de ellos, podía escuchar los rumores que circulaban sobre las personas apuradas.

—Lo que es yo no admitiré papel de Claparón y compañía. Esta mañana han consentido que el cobrador del Banco se marchara sin pagarle las letras presentadas al cobro, dijo un grueso banquero en su lenguaje franco en demasía. Si tienes papel, ya puedes guardártelo.

Aquel Claparón estaba en el patio de la Bolsa en animada conversación con un hombre conocido por prestar con usura. Castanier se acercó al tal Claparón, negociante también conocido por hacer grandes jugadas, que lo mismo podían arruinarle que enriquecerle.

Cuando el ex cajero se le acercó, el usurero acababa de separarse de él, y el especulador había hecho un ademán de desesperación.

—Hola, Claparón, le dijo, parece que tenemos que pagar cien mil francos al Banco, y son ya las cuatro; todo el mundo lo sabe, pero aun queda tiempo para arreglar esa pequeña quiebra.

—¡Caballero!

—Hable usted más bajo, contestó el cajero. Si le propusiera á usted un negocio en que pudiera reunir tanto dinero como quisiera...

—No bastaría para pagar mis deudas, porque no conozco negocio que no requiera algún tiempo para ultimarse.

—Pues yo sé de uno que se las haría pagar á usted ahora mismo, repuso Castanier, pero que le obligaría á...

—¿A qué?

—A vender su alma. ¿No es un negocio como otro cualquiera? Todos somos accionistas en la gran empresa de la eternidad.

—¿Sabe usted que soy muy capaz de abofetearle?... dijo Claparón encolerizado. No hay que venir con bromas de mal gusto á un hombre que se ve en mi situación.

—Hablo con formalidad, dijo Castanier sacándose del bolsillo un fajo de billetes de Banco.

—Ante todo, yo no vendería mi alma al diablo por una miseria. Necesito quinientos mil francos para ir á...

—Y ¿quién le habla á usted de escatimar? repuso brusca-

mente Castanier. Tendrá usted más dinero del que cabe en los sótanos del Banco.

Y presentó un montón de billetes que decidió al especulador.

—Es cosa hecha, dijo Claparón. ¿Qué hay que hacer?

—Venga usted allá abajo, á un sitio en que no haya nadie, respondió Castanier designando un rincón del patio.

Claparón y su tentador cruzaron algunas palabras, cada uno con la cara vuelta á la pared. Ninguna de las personas que los habían observado adivinó el objeto de aquel aparte, aunque les llamara sobremanera la atención lo extraño de los ademanes que hicieron ambas partes contratantes. Cuando Castanier volvió, los bolsistas prorrumpieron en un clamoreo de asombro. Lo propio que en las asambleas francesas donde el menor incidente distrae á los diputados, todas las caras se volvieron hacia los dos hombres que excitaban aquel rumor, y no sin terror vieron los circunstancias la mudanza sobrevenida en ellos. En la Bolsa, todos se pasean hablando, y cuantos componen la concurrencia se conocen y observan, porque la Bolsa es como una gran mesa de juego donde los más listos saben adivinar el juego de un hombre y el estado de su caja por su fisonomía. Todos se habían fijado, pues, en las de Claparón y Castanier. Lo mismo que el irlandés, éste estaba nervioso y potente, sus ojos brillaban y sus músculos tenían vigor. Todos se maravillaban al ver aquella cara majestuosamente terrible, y pensaban de dónde podía haberla sacado el buen Castanier; pero Castanier, privado de su poder, aparecía ajado, arrugado, envejecido, débil. Cuando se llevó á Claparón, parecía un enfermo atacado de un acceso de fiebre, ó un teriaki en el momento de la exaltación que le da el opio; mas al volver, se hallaba en el estado de abatimiento que sigue á la fiebre y durante el cual los enfermos expiran, ó en la terrible postulación que causan los goceos exagerados del narcotismo. El espíritu infernal que le había hecho soportar sus grandes desarreglos había desaparecido, y se encontraba el cuerpo solo, sin apoyo ni auxilio contra las arremetidas del remordimiento y el peso de un arrepentimiento verdadero. En cambio Claparón, cuyas angustias habían adivinado todos, reaparecía con ojos fulgurantes y llevaba impresa en el rostro la soberbia de Lucifer. La quiebra había pasado de una casa á otra.

—Amigo mío, vaya usted á reventar en paz, dijo Claparón á Castanier.

—Por favor, envíe usted á buscar un coche y un cura, el vicario de San Sulpicio, le contestó el cajero sentándose en un guardacantón.

Muchas personas oyeron la palabra «cura» que suscitó un clamoreo burlón entre los bolsistas, gente toda que reserva su fe para creer que un pedazo de papel llamado título vale una finca. El Gran libro es su Biblia.

—¿Tendré tiempo de retirarme? dijo Castanier con voz tan lamentable que conmovió á Claparón.

Un coche de alquiler se llevó al moribundo. El especulador fué volando á pagar sus letras al Banco. La impresión causada por el brusco cambio de fisonomía de aquellos dos hombres desapareció muy luego de la multitud, como el surco de un buque se borra en el mar. Una noticia de la mayor importancia llamó la atención del mundo comercial. Si el mismo Moisés apareciera con sus dos cuernos luminosos á aquella hora en que todos los intereses están en juego, apenas obtendría los honores de un retruécano, y lo negarían las personas ocupadas en hacer *reports*. Cuando Claparón hubo pagado sus deudas, le sobrecogió el miedo. Quedó convencido de su poder, volvió á la Bolsa y se brindó á venderlo á las personas en mal estado de fondos. Un notario, que reemplazó á Claparón, aceptó la inscripción en el Gran Libro del Infierno por setecientos mil francos. El notario revendió el contrato del diablo por quinientos mil francos á un contratista de obras, que se deshizo de él por cien mil escudos cediéndolo á un tratante en hierro, y éste lo retrocedió por doscientos mil francos á un carpintero. En fin, á las cinco, nadie creía en aquel singular contrato, y faltaban compradores por carencia de fe.

A las cinco y media, el tenedor era un pintor de puertas y ventanas que se quedaba apoyado en la puerta de la Bolsa provisional, construída en aquella época en la puerta de la calle de Feydeau. Aquel pintor, hombre sencillo, no sabía lo que llevaba en sí.—*Lo era todo*, dijo á su mujer al volver á su casa.

La calle Feydeau es, como no ignoran los desocupados, una de las calles predilectas de los jóvenes que, á falta de una querida, se casan con todo el sexo. En el primer piso de la casa más burguesamente decente vivía una de esas deliciosas

criaturas á quienes el cielo se complace en colmar de los más raros atractivos, y que no pudiendo ser duquesas ni reinas, porque hay muchas más mujeres bonitas que títulos y tronos, se contentan con un agente de cambio ó un banquero cuya felicidad labran á precio fijo. Aquella buena y linda joven se llamaba Eufrasia, y era objeto de la ambición de un pasante de notario sumamente ambicioso. En efecto, el segundo pasante del notario Crottat, estaba enamorado de aquella muchacha como suele estarlo todo joven de veintidós años. El pasante habría sido capaz de asesinar al papa y al sacro colegio romano con tal de proporcionarse la miserable cantidad de cien luises, reclamada por Eufrasia para comprar un chal que la tenía vuelto el seso, y en cambio del cual su camarera la había prometido al pasante. El enamorado paseaba la calle á Eufrasia como se pasean los osos blancos por su jaula en el jardín de Plantas. Llevaba la mano derecha metida debajo del chaleco, puesta sobre la tetilla izquierda, y quería desgarrarse el corazón, pero aun no había hecho más que retorcer los elásticos de los tirantes.

—¿Qué haría yo para tener diez mil francos? pensaba. ¿Quedarme con el dinero que debo llevar al registro por este contrato de venta? ¡Ay, Dios! ¿Mi préstamo forzoso arruinaría al comprador, hombre siete veces millonario? Pues bien, mañana iré á echarme á sus pies, y le diré: «Caballero, le he tomado á usted diez mil francos, tengo veintidós años y amo á Eufrasia; esto es lo que ha pasado. Mi padre es rico; le reembolsará á usted esa cantidad; no me pierda usted. Acaso no ha tenido usted veintidós años y un amor rabioso?» Pero esos condenados propietarios no tienen alma. Capaz sería de denunciarme al juzgado en lugar de enternecerse. ¡Voto á bríos! ¡Si pudiera vender mi alma al diablo! Pero ¡qué tontería! No hay Dios ni diablo: éstos sólo se ven en los libros de cuentos ó en las conversaciones de las viejas. ¿Qué haré?

—Si quiere usted vender su alma al diablo, le dijo el pintor de puertas y ventanas en cuya presencia el pasante había soltado algunas palabras, tendrá diez mil francos.

—Y Eufrasia será mía, contestó el pasante aceptando el trato que le proponía el diablo bajo la forma del pintor.

Ultimado el pacto, el furibundo pasante fué á buscar el chal, subió á casa de Eufrasia, y como tenía el diablo en el cuerpo, pasó con ella doce días sin salir, malgastando

toda su eterna ventura y sin pensar más que en el amor y sus orgías, en las cuales se ahogaba el recuerdo del infierno y de sus privilegios.

De este modo se perdió el poder enorme conquistado por el irlandés, hijo del reverendo Mathurin.

Á algunos orientalistas, místicos y arqueólogos ocupados de estas cosas les fué imposible comprobar históricamente el modo de evocar á Dios. He aquí por qué:

Al décimotercero día de sus bodas, el pobre pasante yacía prostrado en su cama, en un desván de la casa de su principal, situada en la calle de San Honorato. La Vergüenza, esa diosa estúpida que no se atreve á mirarse á sí misma, se apoderó del joven que cayó enfermo, y queriendo cuidarse sin ajeno auxilio, se equivocó de dosis al tomar una droga curativa debida al genio de un hombre muy conocido en París. El pasante reventó bajo el peso del mercurio y su cadáver se puso negro como el de un topo. Sin duda había pasado por allí un diablo; pero ¿cuál? ¿Era Astarot?

—Ese apreciable joven ha ido á parar al planeta Mercurio, dijo el primer pasante á un demonólogo alemán que fué á pedir informes sobre este caso.

—Estoy por creerlo, contestó el alemán.

—¡Ah!

—Sí, señor, esa opinión concuerda con las propias palabras de Jacobo Böhm, en su cuadragésimo octava proposición sobre la TRIPLE VIDA DEL HOMBRE, donde se dice que *si Dios ha hecho todas las cosas por el FIAT, el FIAT es la secreta matriz que comprende y abarca la naturaleza que forma el espíritu nacido de Mercurio y de Dios.*

—¿Qué ha dicho usted?

El alemán repitió la frase.

—Pues quedamos tan enterados como antes, dijeron los pasantes.

—*Fiat... dijo uno de ellos, fiat lux!*

—Pueden ustedes cerciorarse de la verdad de esta cita, repuso el alemán, leyendo la frase en la página 75 del *Tratado de la TRIPLE VIDA DEL HOMBRE*, impreso en 1809, en casa de Migneret, y traducido por un filósofo, gran admirador del ilustre zapatero.

—¿Conque era un zapatero? dijo el primer pasante. ¡Ha visto usted!

—En Prusia, contestó el alemán.

—¿Trabajaba para el rey? preguntó el simple del segundo pasante.

—Debia haber puesto punteras á sus frases, dijo el tercero.

—Ese hombre es piramidal, exclamó el cuarto pasante designando al alemán.

Aunque el extranjero fuese un demonólogo de primer orden, no sabía lo picaros diablos que son los pasantes de escribano; marchóse, pues, sin comprender el alcance de sus bromas y convencido de que aquellos jóvenes tenían á Böhm por un genio piramidal.

—No falta instrucción en Francia, dijo.

París, 6 mayo 1835.